

Felix Ovejero, académico de la Universidad de Barcelona¹:

“Hay que inyectar salud democrática a las reglas y procedimientos institucionales”.



Por Carlos Lange Valdés².

Es media mañana del 17 de Julio de este 2011 convulsionado con la emergencia de movimientos sociales que en distintas regiones del mundo y bajo contextos altamente diferenciados, coinciden en sus demandas por una mayor consideración y participación de la ciudadanía en la construcción de la sociedad. Bajo este contexto, nos encontramos con Félix Ovejero para conversar en torno a este tema en una céntrica librería-café del centro de Barcelona, una de las ciudades que se ha constituido en eje para el movimiento de los Indignados en España.

En esta conversación, Ovejero no solamente valora el carácter ciudadano y democrático del movimiento, sino que además analiza críticamente sus alcances y proyecciones dentro de una institucionalidad política profundamente miope y regida por el inmediatismo electoral. Entre otras cuestiones, conversamos con Ovejero acerca de las repercusiones que este movimiento puede tener sobre las definiciones de ciudadanía, representatividad y el surgimiento de nuevas prácticas políticas.

Cultura-Urbana. ¿Cuál es la evaluación general que haces del Movimiento 15M? ¿Qué percepciones tienes respecto de su importancia?

Félix Ovejero: La importancia se habrá de ver y hay que ser cautelosos con esa disposición a ver cada día “señales de algo nuevo”, a las fascinaciones románticas. También sería bueno, desde luego, precisar los contornos, para saber qué es lo que entendemos por esos movimientos. Dicho eso, creo presentan síntomas interesantes. En primer lugar porque hay un saludable afán de hacer política en el mejor sentido, sin mezquindades y con ganas de ser escuchados, de reconocimiento político. Estamos continuamente reprochando a la ciudadanía que tenga poca vocación participativa, y de pronto la gente decide levantar la voz y quiere hablar de política, y quiere hablar en serio. Ya no podemos seguir diciendo lo mismo. Por otra parte, una de de las cosas más interesantes es que no han actuado como de correa de transmisión de otras batallas políticas, como han sucedido con otras movilizaciones. Vienes del País Vasco y ahí la gente se moviliza cada tres por dos, pero al toque de pito, de consignas nada autónomas

1. Félix Ovejero es Doctor en Ciencias Económicas por la Universidad de Barcelona, y académico de la misma Universidad. Es autor, entre otros libros, de *Proceso abierto : el socialismo después del socialismo* (Barcelona:Tusquets, 2005); *Contra Cromagnon : nacionalismo, ciudadanía, democracia* (Barcelona : Montesinos, 2006); *Incluso un pueblo de demonios: democracia, liberalismo, republicanismo* (Buenos Aires ; Madrid : Katz, 2008);

2. Académico del Instituto de la Vivienda, FAU – U. de Chile.

y, desde luego, no a favor de la libertad, sino más bien de alentar el miedo, con procedimientos muy parecidos a los de las juventudes hitlerianas, que, por cierto, también eran a su modo, un movimiento social, así que cuidado, que, a la hora de valorar los movimientos sociales, hay que examinar sus procedimientos y sus contenidos. En el caso del 15 M indiscutiblemente se trataba de algo muy saludable. He estado varias veces por la Plaza Catalunya y había una notable ingenuidad inaugural. Eso, en sí no es una virtud, porque siempre hay que ver qué se ha pensado y disutido antes de nosotros, al identificar los problemas y buscarles soluciones, pero, por otra parte, y eso era lo bueno, es que si que había una honestidad intelectual muy poco polítquera, era “yo quiero escuchar y quiero ser escuchado”, sin arrogancias ni puntos de vista previos, no susceptibles de ser corregidos.

Otra cosa interesa es que, al final, muchas discusiones cuajaron en reivindicaciones son relativamente precisas. No está mal que la gente hable de algo como una ley electoral o de la separación de los poderes, de recuperación de la salud democrática. En las plazas se ha recordado algo que ya adivinábamos, que nuestras democracias tienen insuficiencias desde el punto de vista de la calidad de la representación y de capturar las voces, y de la asunción de responsabilidades. Algo bastante importante: si algo demuestra la crisis es que los ciudadanos, que no tuvieron nada que ver con las causas, van a tener que pagar la salida, sencillamente porque su capacidad de respuesta y fuerza institucional es menor.

Y luego claro, había otras cosas mucho más complicadas, porque muchos “no” no hacen un “sí”. La gente está diciendo “esto no funciona”, eso no equivale a un perfecto programa político. Pero no estamos para muchos reproches y arrogancias. Hemos visto el fracaso de tantas cosas hechas por mejores cabezas del mundo.

CU. ¿Por qué habría que ser cauteloso con la categoría de “movimientos sociales” en este caso?

FO: Cuando se habla de movimientos sociales e inmediatamente carga de connotaciones positivas. Si la definición es puramente formal, sin atender a sus contenidos e ideas, que movimientos sociales son las juventudes hitlerianas o la “kale borroka” y toda la situación profascista a mi parecer que se vive en el País Vasco, de intimidación de los otros, Aquí, Carod-Rovira, un líder de un partido independentista, que se ha abastecido de movimientos sociales, critico despreciativamente a los indignados, con “argumentos” etnicistas, les dijo que se fueran “a mear” fuera de Catalunya, les reprochó que hablaban en español, despreciando a todos los catalanes que somos de lengua mayoritaria castellana, y por supuesto a los inmigrantes. si entendemos movimientos sociales atendiendo estrictamente al cómo, a las condiciones formales, sin hacer mención a contenidos sustantivos de proyecto, lo cual es bastante razonable, por demás, cuidado, porque cualquier cosa es un movimiento social. Hasta se pueden dar movimientos sociales con contenidos contradictorios, como sucedió, por ejemplo, en el movimiento antiglobalización, donde se encontraban partidarios de un proteccionismo muy notorio, sobre todo en Francia, y otros que decían “oiga, esto de jugar a proteger las mercancías locales atenta contra las gentes que están en otras partes del mundo trabajando”..

CU. Se habla mucho de que una de las características fundamentales del 15 M es su espontaneidad, que habría pillado de improviso a la clase política, que no fue capaz de prever un movimiento de estas características. ¿Sustentas también esa tesis crees que habían antecedentes previos que permitían prever un movimiento así?

FO: Ése es un diagnóstico complicado porque a uno le cuesta creer que espontáneamente existan mecanismos de coordinación eficaces, porque la coordinación es un problema casi técnico y matemático, cómo coordinamos acciones entre individuos dispersos. Pero sí que había algo llamativo, es decir las condiciones de desarme de los de abajo, de los perdedores, se estaban dando y, sin embargo, los sindicatos que tienen trama institucional estaban siendo incapaces de movilizar a nadie. Entonces cuando alguien que son profesionales de esto, que tienen una tradición organizativa, y que supuestamente tiene unos vínculos con esas gentes que son los perdedores de esta historia como son los trabajadores no eran capaces, la tentación de culpar a la gente es alta. Y sucedió, con 15M, que de pronto el diagnóstico de que aquí había un cierto pasotismo político se veía quebrado. Y la movilización no era puramente defensiva. Es cierto que allí asomó una juventud no ve las perspectivas de futuro, el problema laboral de los jóvenes, pero también había cosas menos inmediata, la jubilación misma, que opera en un horizonte temporal de medio plazo en el que no piensa el joven, que es fácil que los políticos puedan manipular, “cómo un tipo de veinte años se va a hacer una imagen de sí mismo con 65 años jubilándose, esto no moviliza, solo moviliza el aspecto inmediato de la pérdida de las perspectivas laborales”. Por supuesto, había circunstancias concretas, los mecanismos de estabilización del Estado de Bienestar estaban desapareciendo porque a la gente se le están acabando los euros del paro, y eso empieza a emerger socialmente. Pero también cosas más de “concepto”, como lo artificioso de buena parte del debate político, el grado de irrealidad con que se estaba discutiendo, que si estatuto, que no sé qué, el debate político era irreal, desprendido de las necesidades reales de las gentes..

Y luego mimetismos sociales extraños. Antes has englobado en un mismo paquete los movimientos que se producían en los países árabes con los que se producen aquí. Yo no estoy seguro que haya una continuidad, más allá de rasgos formales. Las circunstancias son completamente diferentes, es cierto que nuevas tecnologías han propiciado nuevos tipos de soportes para coordinarse. Pero no es lo mismo nuestras democracias, con todos sus problemas, y aquellas dictaduras. SI hay una dictadura inmóvil es difícil que surjan movilizaciones. Nadie se pone a luchar cuando hay una resistencia absoluta, se moviliza cuando cree que algo puede cambiar. En sentido puramente cínico, el dictador no debe hacer la menor concesión, porque si concedes, los ciudadanos creen que pueden, que es posible, y piden. Es lo que hizo Gadafi, lo que pasa es que ya había habido precedentes como el de Egipto y creyó, si es que en Libia se puede hablar de movimientos sociales, claro. Esa peculiar dinámica de que las concesiones debilitan al poder sucede, por ejemplo, con Revolución Francesa como señala Tocqueville entre otros. En nuestras realidades políticas las cosas son más difusas, no tan nítidas, las conquistas se pueden dar sin quebrar el sistema. Son diferencias importantes, fuera de los paralelos en lo que atañe a cosas como las condiciones propiciadas por las nuevas tecnologías.

CU. Es interesante lo que planteas respecto de la inmediatez de las movilizaciones. Léa el artículo de un sociólogo vasco que plantea que uno de los principales desafíos de Europa en su inserción en el mundo es que se está diluyendo un proyecto de futuro europeo, es decir que la Unión Europea carecía de un proyecto de futuro a largo plazo. ¿Crees que este movimiento promueve una reivindicación respecto del futuro o simplemente es una reivindicación frente a problemáticas coyunturales?

FO: Uno de los problemas que tienen las instituciones democráticas es que es muy difícil que los votantes actuales voten atendiendo a los intereses de los que están por

llegar. Esa es la parte razonable de instituciones como los Bancos Centrales, que sume funciones monetarias que no se dejan en manos de los gobiernos, para evitar que estos, cuando se acerquen las elecciones, le den a la máquina de hacer dinero para ganar las próximas elecciones y el que venga, que arree. Los retos ambientales y ecológicos son la expresión más clara de los debates políticos: es difícil que un político llegue al gobierno diciendo que hemos de crecer menos en aras de los que vendrán. Porque los que votan son los que están vivos, para velar por la especie más que por mí mismo, existen y van permeando la población, y eso aparece ahí. La competencia por el poder impone la miopía. Y es que nadie gana con los votos de mañana las elecciones de hoy, y a veces hay que decirle a la gente “hay que pasarlo mal durante un tiempo” porque las situaciones son malas. Pero claro, siempre tendrás un tipo al lado diciendo que no hace falta, y ganará, entre otras razones porque los humanos tenemos una disposición bien asentada en nuestro aparato neuronal para solamente ser permeables a las noticias favorables. Cinco minutos antes del apocalipsis la gente no reaccionará.

Eso no quiere decir que no existan quienes proponer mirar más allá y quienes les voten. Sí que se han dado, por ejemplo, en las mejores horas del movimiento Verde en Alemania, pero siempre afecta a segmentos específicos de la población, siempre tienen un alcance limitado. Por otra parte no nos olvidemos de los números, de cuantas gentes realmente están en las movilizaciones. Las manifestaciones asombraron, pero era también por las bajas expectativas, porque era extraño que con lo mal que están las cosas no pasara nada, porque habíamos visto la pobre capacidad movilizadota de los sindicatos y porque asumíamos una general despolitización. Sobre esas expectativas, bajas, sin duda había mucha gente, pero es que las expectativas eran muy bajas. Hay muchos que no estaban en las plazas. Y esos también cuentan. Yo creo que hasta en Egipto, si hubieran convocado a elecciones a los cinco minutos, los que no estaban en las plazas ganan porque la vida tiene otro curso por debajo, poco dispuesta a asumir riesgos en aras de futuros inciertos. Puede ser duro, pero es así.

CU. De hecho uno de los rasgos llamativos de este proceso es que la mayoría de los votantes de las últimas elecciones no se hizo eco de las reivindicaciones planteadas por el 15M.

FO: Cómo se va de unas cosas a otra, de las acciones a los programas, es un asunto complicado. Yo recuerdo las elecciones municipales aquí en plena Guerra de Irak, con alta movilización, y el PP (Partido Popular), que era quien gobernaba, ganó. Y la movilización estaba apoyada por el PSOE (Partido Socialista Obrero Español). Luego lo que pasó en las generales (elecciones del año 2004) estuvo fuertemente marcada por el atentado (explosión en el metro de Atocha, 11/03/2004), que ahí sí que se reaccionó, porque podías ser el próximo. O, en otro caso, distinto, lo que ha pasado en el País Vasco con ETA, con “la socialización del miedo”, cuando mataban a un guardia civil la gente reaccionaba tranquila, pero cuando matan a cualquiera, de ahí para arriba tú estabas en la lista. Los asesinos los sabían y jugaban con eso para imponer sus proyectos, para que la gente dijera “que le den lo que piden”. En este caso, las “demandas” ciudadanas actuaban a favor de programas de concesiones, lo que, naturalmente, alentaba más asesinatos, para conseguir más. Como digo es complicado en modo en que cuajan las demandas de la gente en los programas. Muy fácilmente, las demandas de los votantes fueran que les dejaran tranquilos, que no querían líos en las plazas. De Gaulle ganó después del mayo del 68.

Desde el punto de vista de la “teoría de la acción colectiva”, para que esta cuaje se han de dar muchas cosas, valores, intereses, condiciones materiales, creencia en que las cosas son posibles. En condiciones de derrota absoluta, de miseria, la gente no se revela.

En cambio si tú tienes una confianza en el respaldo sindical o un salario de reserva, entonces sí, te atreves, lo crees posible. Pero el perdedor absoluto, el marginado, es raro que se revele. La gran novedad de hace unas décadas para acá, aunque habría que estudiarlo en serio, respecto al movimiento obrero tradicional es que la fragmentación del mercado de trabajo, la quiebra de la socialización del proceso de producción, dificulta los contactos y la trama de soportes mutuos, de resistencia,, desarma a la hora de revelarse.

CU: ¿Cómo evalúas en esa perspectiva la reacción de la clase política?

FO: Bueno, habría que corregir el dato teniendo en cuenta que estábamos en mitad de las elecciones, y eso vuelve a todo el mundo paranoico, como sucedió con el PP, que veían que iban a ganar y temían que fuera una maniobra de Rubalcaba. Lo que sí fue llamativo es que no se tradujo en un crítica directa al gobierno. Quedan las dudas de si hubiese sucedido lo mismo gobernado la derecha, pero lo cierto es que, sea por lo que sea, la crítica fue general, más institucional. En este sentido era mucho más legítima, pero también era razonable que los del PP dijeran “nosotros no tenemos responsabilidades si Uds. están reprochando políticas de gobierno”, orientadas a la resolución de la crisis.

Por otra parte, el PSOE –e incluso IU—se encontró con que parte de los que creía suyos se le ponían enfrente. Era razonable por la naturaleza conservadora de las medidas económicas. Por lo demás, su inquietud era limitada: sabía que el PP nunca iba a rentabilizar ese movimiento. En todo caso, lo cierto es que mientras en PSOE se puso a silbar, a ver por donde iban los vientos, a ver si pillaba algo de río revuelto, estaba en el gobierno y, a la vez, quería coquetear con eso en una desesperación política muy del momento, a ver si podía sacar alguna ganancia. El PP fue más coherente, en su apuesta por los mecanismos de representación institucional, dijo lo que pensaba, también porque sabía que ahí no rascaría nada. Por lo demás, todos se quedaron un poco con cara de tontos, después de estar entusiasmados con lo que sucedía en el norte de África, cuando llega aquí, aunque sea otra cosa, ya no están tan contentos.

CU: ¿Y crees tú que a corto plazo pueda tener repercusiones sobre la institucionalidad democrática?

FO: Lo veo difícil que estas cosas cuajen. Por ejemplo, ¿qué queda de Mayo del 68, por otra parte, tan mistificado? Que. Quedó un cambio en las costumbres, pero poco más. Después vinieron las elecciones y se acabó imponiendo la maquinaria electoral.

Y eso que hay razones para tomarse en serio las dinámicas participativas. Hay investigación de calidad que muy sumariamente te vendría a decir que el promedio de muchos ignorantes produce resultados mucho más interesantes que los juicios de unos pocos listos. En realidad habría otro modo de decirlo más a la “pata llana” y es que los ecosistemas políticos viven en su propia burbuja, viven de un horizonte temporal más inmediato. No es mala fe, es estrechez cognitiva. Por ejemplo, a los que podemos caminar nunca se nos había ocurrido que las personas con limitaciones físicas no pueden subir la acera. Cierta día alguien “cae en ello” porque hay otra mirada sobre ese problema. La propia dinámica política convencional, ante los problemas, se mueve con un limitado juego de respuestas posibles y, en ellas, el “mundo político” se encela, hasta que de pronto alguien que está fuera propone “oiga, que tal si lo miramos de otros modo”. Y ese mirar de otro modo puede proporcionar respuestas interesantes.

Cuando amplías las perspectivas se generan otro tipo de respuestas, sobretodo cuando los problemas ni siquiera están precisados, las preguntas ni siquiera están perfiladas. Pero claro, también hay que ser prudentes, porque la idea del Estado de Derecho y el

imperio de la ley es una conquista importantísima, de libertad, no depender de la arbitrariedad de unos pocos, ni de unos imprecisos juicios populares, sin garantías. La noción de “derechos” es una conquista, y nos podemos poner a jugar con ellos, con adanismos. Por otra parte, no podemos olvidar que la garantía última –y real—de los derechos es que los propios ciudadanos asuman que ellos no son libres sino se aseguran mutuamente los derechos. Sin compromiso ciudadano, la mejor ley es papel mojado..

CU: Dentro de las dimensiones que puedan emerger de este movimiento ¿Cómo evalúas la importancia de las redes sociales como mecanismo de organización social? ¿Crees que este movimiento podría ser considerado parte de un proceso mayor o es más bien una consigna?

FO: Lo inmediato es que abaratan los costes de coordinación. Es lo mismo que compartir una lengua, simplifica el flujo de toma de decisiones, de participación, etc. Hay, sin duda, peligros, por ejemplo que se difundan informaciones falsas. Pero por otra parte sí pueden haber mecanismos de corrección, como es el caso de wikipedia, donde muchos se vigilan mutuamente y entonces hay una posibilidad de autocorrección. Lo cual podría genera una invitación a la prudencia, que aparece cuando la gente recibe muchas informaciones falsas y por tanto tiende a ponderarlas.

CU: ¿Pero podría considerarse la organización en redes más que un medio?

FO: Hay unos peligros, y es que los ciudadanos se muevan en su propia burbuja informativa, encapsulados, que solo pidas –y recibas—informaciones compatibles con aquello de lo que ya estás convencido. Me aficiono a los deportes y solamente leo las páginas de los deportes, o solamente veo los partidos de mi propio equipo. Eso puede propiciar una falta de exposición a la discrepancia y un sectarismo. Uno de los problemas de la red es que tú solamente estás escuchando los ecos de tu propia voz, y es conocido lo que sucede: tu juntas un grupo de gente a discutir de la posición que sea, feministas, nacionalistas, racistas, etc, y siempre acaba imponiéndose la versión más extrema que los une, ya que todos dan argumentos en la misma línea. Con frecuencia, en esas condiciones, se acaba en posiciones absolutamente desquiciadas, porque siempre tendemos a dar las razones a favor de nuestras tesis, y ser poco permeables a los otros. Y más en un mundo muy prejuiciado, tampoco hay que engañarse. Más que escuchar las razones a favor o en contra de un argumento hay una ansiedad de decir “defiendes esto, entonces ya te tengo ubicado”, eres un facha o un progre. Y precisamente en estos tiempos inciertos, esa es la peor disposición, la falta de limpieza para mirar las cosas de frente, sin prejuicios. En ese sentido, se refuerzan los peores sesgos por la propia simplicidad que propician los medios. Es evidente que twitter no permite un argumento encadenado, que permite solamente las consignas.

CU: ¿Y qué opinas de esta recuperación de la Asamblea?

FO: La democracia la puedes mirar de dos modos. Como pura agregación de votos, yo voto y no tengo que justificar el sentido de mi voto, o en el sentido más clásico, donde buscamos la mejor decisión y yo puedo modificar mis juicios a raíz de tus argumentos. Desde este segundo punto de vista, es decir como ejercicio deliberativo, las asambleas de estos días, al menos algunas que yo he visto, eran muy apreciables. Lo que no quita para ignorar los problemas a la hora de las decisiones. Hay, claro, problemas, de legitimidad, de demos, es decir, a quien representa. Los indignados han sido muy prudentes, insistiendo en que ellos no eran “la voz de pueblo” y cuando se opinaba ante los medios de precisar en alcance de las opiniones, si eran personales o de tal o cual colectivo. Pero, sin duda, ahí hay problemas serios, primero de perímetro, luego de

mecanismos de toma de decisión. La experiencia, y la teoría social, nos enseñan que yo puedo manipular una asamblea simplemente controlando las secuencias de las preguntas que se hacen. Hay que prevenirse y anticiparse a ciertas patologías, porque lo otro puede ser que decida el que grite más, el que intimide, el que llega con consignas.

En suma, la parte de actitud democrática, de vocación participativa y reflexiva, es indiscutiblemente saludable. Pero por otra parte no podemos pensar que sustituyen sin más a las reglas y procedimientos institucionales, a los que, en todo caso, hay que inyectar salud democrática, y poder, no sea que, a cuenta del río revuelto, acaben mandando las que nadie controla, los poderes económicos.

CU: ¿Qué relevancia tienen este tipo de movimientos respecto de algunas tradicionales distinciones políticas como es, por ejemplo, la distinción entre derechas e izquierdas?

FO: Desde el punto de vista conceptual yo creo que hay una diferencia entre izquierda y derecha, sustentada en concepciones de la igualdad y la libertad específicas, sin asumir, y esto es importante para el buen debate democrático, ningún tipo de superioridad moral, creyendo que los otros defienden honestamente sus puntos de vista, creen en lo que dicen. No por ser de izquierdas (o de derechas) eres, de entrada, mejor. Por supuesto, yo creo que si se trata de realizar ciertos proyectos emancipatorios, de libertad e igualdad, los proyectos de izquierda son mejores, porque si creyera que la derecha tiene razón, entonces sería de derechas, que decía Camus.

Ahora bien, lo que sucede es que el mecanismo de la competencia política lleva a difuminar los programas, a desdibujar las ideas si se quiere ganar las elecciones. Según teorema del votante medio, el mejor modo de ampliar tu mercado de votos es no decir nada, no molestar a nadie. De hecho, si reparas, en los mensajes, los contenidos se sustituyen por el trato con los contenidos: el político dice que es coherente, íntegro, honesto, pero eso no dice nada respecto de tus proyectos, de si defiende esta o cualquier otra propuesta. Por supuesto, cuando aparece un partido nuevo siempre dice algo con contenido, para ir pescando en el margen, donde nadie se moja, pero según aumentan los votos el mensaje se va difuminando y los proyectos se emborronan.

Eso no quiere decir que conceptualmente yo no pueda distinguir que entre izquierda y derecha. Pero la maquinaria democrática, el juego de la competencia, les lleva a desdibujarse. Sobre todo sin los políticos profesionales no andan sobrados de carácter. Creo también que hay un mecanismo de selección adversa, que la política premia a los más malos, porque no hay modo de identificar, por parte del ciudadano, a los buenos.

CU: ¿Pero este tipo de movimientos no constituye un mecanismo de corrección de esa selección adversa?

FO: Sí, claro, en la medida que aumenta la competencia ciudadana es más difícil darle gato por liebre. Lo que sí es verdad es que puede ayudar a reforzar la fuerza de las ideas de izquierda, tradicionalmente vinculada con la ampliación de las decisiones democráticas y, por tanto, con el peso de los más que son, en principio, los que tienen menos. En el momento en que ese movimiento refuerza los componentes democráticos, y los pobres son los más, las políticas redistributivas se pueden imponer. La derecha que tiene una visión más elitista de los mecanismos de representación política. Todo esto, claro, en el plano de los conceptos. En la realidad, la izquierda desde hace ya muchos años está también comprometida con ese mecanismo, al menos la izquierda con influencia electoral.

CU: ¿Este tipo de movimientos sociales podría tener implicancias sobre el concepto de ciudadanía?

FO: Sí, en principio lo estaría revitalizando, en su sentido más clásico, como un compromiso activo en la toma de decisiones. Los ciudadanos estarían comprometidos en asegurarse mutuamente derechos y libertades, serían ciudadanos virtuosos, no simples ciudadanos liberales, que se limitan a votar y solo aspiran a no sentirse molestados por el Estado. Eso sí que está ahí. Y por otra parte, la ciudadanía está desvinculada a criterios identitarios, no somos la nación el conjunto de individuos que compartimos la etnia, la cultura y la tradición. No es casual que el 11 M no haya tenido buenas relaciones con los movimientos nacionalistas tanto acá como con el País Vasco.

CU: ¿Y respecto de la noción de representatividad crees que pueda tener implicancias?

FO: Las nociones de representación más o menos están claras, puedes tomarte la representación como un mandatario, como un individuo que va con una función específica para decir algo en mi nombre; como un representante al cual le otorgas una capacidad de discrecionalidad para su toma de decisiones; como una muestra en el sentido estadístico, todos esos conceptos están muy trabajados, y no hay un descubrimiento nuevo. Eso en el plano teórico. Lo nuevo es que se discuta en la calle, que los ciudadanos no se reconocen en aquellos individuos que supuestamente los están representando. A partir de ahí se abren dos interpretaciones posibles. Según la primera, cuestionas la idea misma de representación política y dices que o sea cuando yo elijo a un representante yo estoy eligiendo a alguien que decida y, por tanto, no soy yo el que toma las decisiones sobre mi propia vida; él toma las decisiones por mí y no habría real autogobierno. La otra, simplemente cuestiona la calidad de la representación, es más modesta y vendría a decir “yo quiero que me representen pero estos no me representan bien”.

CU: ¿Crees que este tipo de movimientos abra espacios para nuevas prácticas políticas?

FO: Ojalá se dieran, seguramente los componentes de renovación de cargos, de límite de mandatos, de prevención del encastamiento de la clase política. Desde luego se han dado señales de que hay algo institucional que está funcionando mal, de que no puede ser que los políticos vivan en su burbuja. No es mala fe de la clase política, es algo peor, pérdida del principio de realidad. Una vez detectados los problemas, dadas las señales, es importante que la reflexión espontánea, por decirlo así, tenga una disposición a escuchar a la reflexión. Hay gente en la academia que lleva mucho tiempo pensando en nuevos modelos de democracia, nuevas propuestas de participación, formas de hacer llegar la voz de los ciudadanos. Por ejemplo la discusión de los presupuestos es imposible que se realice en el Parlamento de modo efectivo. Entre los parlamentarios en el mejor de los casos alguno conoce un área específica de la economía pero no otras. Si acaso, estarán en manos de los cuatro técnicos del partido. Si esos presupuestos están en la red, sin que nadie en particular examine todo, entre todos sí que pueden examinarlo todo y cada uno comunicar a otros, horizontalmente, lo que ve. Eso obliga a los que los hacen que se saben vigilados a ser más escrupulosos. Las nuevas redes propician unas posibilidades de control mucho mayores de las que habrían antes, donde prácticamente los parlamentarios votaban a ciegas, sin competencia técnica. Entonces muchas veces múltiples inteligencias dispersas pero con comunicación fluida entre ellas pueden hacer una consideración vigilante de las instituciones mucho más amplia. No es que cada uno deba vigilarlo todo, porque eso sería imposible, pero siempre hay alguien dispuesto a

vigilar una parte y a contárselo al resto. Y si tú tienes tramas de confianza social, que yo sé que hay mucha gente ahí que está en esto, entonces ya me fío y ellos se podrán fiar de mí. El problema es cómo estas cosas tienen un cuaje institucional, porque eso al final hay que resolverlo en forma de leyes, de propuestas institucionales.